

Margot Ayala de Michelagnoli

HUELLAS DEL SER

**CRITERIO
EDICIONES**

Asunción, Paraguay

2006

2006

**MARGOT AYALA DE MICHELAGNOLI
CRITERIOS EDICIONES**

Caballero 270 c/ Mcal Estigarribia

Teléfs.: 496 991- 449738 –Fax: (595-21) 448 721

Pag. Web: [www. Libreriaintercontinental.com.py](http://www.Libreriaintercontinental.com.py)

E-mail : [agatti@pla.net. Py](mailto:agatti@pla.net.py)

Diagramación : Gilberto Riveros Arce

Corrección : Arnaldo Nuñez

Hecho el depósito que marca la Ley N° 1328/98

ISBN: 99925-72-X

Prólogo

COMO UNA RAÍZ GIRANDO EN SU PROPIO EJE

Con esta imagen de gran plasticidad y dinamismo, la autora sugiere el tipo de exploración en la intimidad de la conciencia tras las **Huellas del ser** que emprende en este libro. En él su autora recapitula en la memoria y el sueño “las instancias, enrancias, querencias,” de una vida humana que bien puede ser la suya o la de una imagen que guarda con ella una relación de analogía.

A través de sucesivos cuadros, similares a un discurso cinematográfico, con hiatos, fundidos, panorámicas, la voz del narrador que habla desde el texto va organizando un relato que explora los tiempos incorporados a los momentos o segmentos de la vida y los proyecta a la pantalla del presente para darles sentido y significación.

A partir de la experiencia omnisciente de la vida intrauterina, se despliega en el texto las intermitentes Huellas del ser, que la voz del narrador va disponiendo: **“Como quien avanza en un templo derrumbado entre demolidas y descascaradas paredes con pasos de espectros de extrañas vestimentas de generaciones que soñaron otros sueños”**.

Impulsados por la afectividad del recuerdo, las burbujas de la memoria van aprisionando los

fragmentos vívidos rescatados de la corriente del olvido, siguiendo una temporalidad cuya lógica no es lineal sino recurrente en la que la protagonista del relato pueda confesarse soy yo misma lejana y ausente a cada instante y toda circunstancia.

Ante este texto de Margot Ayala de Michelagnoli, tan distinto a sus anteriores relatos, bien puede decirse que la escritura autobiográfica adquiere una configuración lírica, poética, casi alucinatoria. No conozco otra similar en nuestra literatura expresada en los términos en que ésta se manifiesta, a medio camino entre poema en prosa y la narración abierta, alternando evocación descriptiva y reflexión.

Sin duda, como ocurre con los textos surrealistas, Huellas del ser no es de lectura fácil. No sólo su sistema constructivo (saltos, disrupciones, planos múltiples, etc.) dificulta su comprensión, sino el vaciado lingüístico que alterna referencias objetivas con resonancias semánticas propias de la subjetividad, hacen algo trabajosa su recepción por parte del lector.

Sin embargo, una vez salvada esta pequeña valla, el lector puede libremente entrar a participar de una experiencia estética muy valiosa y singular.

Francisco Pérez Maricevich

HUELLAS DEL SER

Margot Ayala de Michelagnoli

Ermejo de páramos y selvas sepultadas en el corazón del cosmos donde se originó la primigenia célula de vida. La impaciencia me desborda, transito con los ojos cerrados atenta al palpitar del universo, donde se mezclan mis sangres mestizas entre luces y tinieblas de la herencia, en complejos mensajes devastados por los siglos.

Me atrapa el delirio de lejanía hacia abstractas distancia, con fiebre de esparcirme sobre la cubierta de un barco, soñar con un mar vacío y dejar que mis pensamientos surjan en mi océano interior. Aves pasan en el estelar paisaje y se yergue muy dentro mío una voz que me llama al otro lado del espacio. Mis ansias crecen y se dilatan en noches que estallan en espumas, como si quisieran cumplir con un destino. Siento en mi rostro la sal de los mares que besaron las arrugas del viento. Me iré cualquier tarde en su demorada agonía, junto al añejo tronco donde grabamos nuestros nombres en tardes del ayer.

Nostalgias de aquella que fui en ese otro paisaje donde está todo lo que amé. En busca de no sé qué voy por atajos al ocaso seguro, mientras en mi frente encanecen aquellos jóvenes cabellos que agitaron tantas brisas y llega el invierno quedamente. Los recuerdos se detienen en aquellas épocas cuajadas de infinitas mañanas, de habernos amado tanto. Desandando hacia el pasado de esa lejana edad donde alguna vez nos hemos encontrado, te llamo sin nombrarte, sin conocerte, tal vez porque el tiempo transcurre de otra manera a mi manera. Tengo en la mente imágenes dispersas de brillantes colores que brotan y salen a mi encuentro, sus presencias dejan al descubierto rincones ignotos. Visiones que se extinguen en los días, ecos y voces de seres que alguna vez transitaron en nuestros caminos.

La infancia, el farol de una esquina, el inmóvil reposo de una siesta, el despoblado rancho escoltado por árboles de algarrobos donde nacieron tantos amaneceres, el yvyra pytâ(*) cargando el peso de hacinados nidos de cotorras, las criadas descalzas, su dulce vasallaje y lenguaje elemental.

Techo de paja, paredes de tacuarilla y barro donde anidan alimañas, humores de extensas planicies, tupidos palmares y altos pajonales que en épocas de lluvia se convierten en infranqueables ciénagas semejantes a un mar muerto, donde reverbera el sol en ilusión óptica sobre los montes que se agachan; surgen escuálidos espinillos, visión inquietante de remotos, y azules horizontes. Es mi tierra, mi riesgo, mi aventura inagotable, siento el pulsar de siglos y un ronroneo de voces ancestrales. En un abrazo abarcar el universo, escribir un poema, dibujar bajo la lluvia y en otras noches, cuando las estrellas brillan como lámparas suspendidas del firmamento.

(*) Árbol rojo

Oteo en mi entorno sin encontrarme, busco la hilacha perdida, soy un libro abierto a la ignorancia: si es verdad que amé todo lo que amé y lo ignoro:¿Quién soy? Saber de dónde vengo y adónde voy, una burbuja transparente me envuelve.¿Soy acaso una burbuja? ¿Es esta burbuja una interrogante en este largo camino?

Estoy acompañada de una sombra y es mi sombra, navego en aguas revueltas sin que intenten salvarme, hace mucho que nos desamparamos.

Todo lo que quise lo tuve y me faltó todo, viví mitad soñando y mitad despierta, re veo en fragmentos los poemas del mundo agazapados en mi inconsciente y lúcidos en mi conciencia.

Con desmesurado afán me hablas de tus sueños, nostalgias, hastíos y anhelos, bajo la luna de metal de aglomeradas vigiliias, donde ausente estoy. El olvido me acecha y atrapa entre sus garras, que lejos te siento ya dentro mío, tú que engendraste luces en mi existencias.

Contemplando las paredes sin fondo de mi habitación siento la vacuidad del mundo y ese fugitivo blanco fantasma recorriendo otros días que transitaron mi ayer y ya no están, mi madre y la tarde que la vi partir al mundo que soñaba, donde la verdad no era fantasía. Vuelvo hacia aquellas mañanas, cuando la savia corría por nuestras venas con urgencias y caminábamos hacia las horas con los párpados bajos, encandilados por infinidad de pensamientos que oscilaban en remolinos reflejados en oblicuos espejos donde nos movíamos en círculo, sin modo alguno de esquivar el caleidoscopio que nos enroscaba a la tierra como raíz girando en su propio eje.

En un atardecer perfecto fue cuando vi alejarse y la brisa penetraba como una extraña con su aliento de fugacidad. De mutuo acuerdo y tomados de la mano iniciamos el recorrido del futuro hasta que una noche en el umbral de la puerta hallamos un mundo que ya no era el nuestro. Borrados los espacios donde nada nos queda por vivir, rostros apenas perfilados en extraña noche. Estoy desnuda, me tortura la estupidez y náuseas de este vivir muriendo a cada instante, harta de transitar calles con el mismo soñar y la fatiga de siempre.

Fue en esa edad de la adolescencia cuando creíamos que alargando las manos la vida nos pertenecía y el mundo era nuestro y fácil, pedazo de eternidad que quisiéramos retener y hamacarnos en su vaivén, cuando la palabra desintegrada fue arrastrada en la corriente de desconocidos mundos e ignotas ciudades, insistentes pesadillas de mis noches. Sembramos en campos áridos, y aquello que tuvo reflejos se hunde en la jungla de la desmemoria. Sumida en la vorágine de mis primaveras, reminiscencias se ensanchan bajo la cúpula de un cuento, es como si el paisaje se hubiera marchitado como las flores del lapacho con las primeras lluvias de octubre, cual fugitiva visión sin dejar lluvias de octubre, cual fugitiva visión sin dejar huellas.

Eran días de feliz certeza, la duda no había ensombrecido aún nuestros corazones, creíamos en Dios y recorríamos de la mano con sueños simples aquellos campos, retazos de existencia amontonados en la espesura de los años de blancas y desérticas playas que besaban palmares; hasta las aves sucumbían al embrujo del mar y del cielo.

El otoño se anunciaba tímidamente desplazando agresivos calores seguidos de días frescos, la porfía de la canícula se alejaba de mala gana dejando a su paso extensiones de florestas chamuscadas por incendios de rubios pajonales en demolidos paisajes.

Desde mi tiempo en ese otro avanzo como quien avanza en un templo derrumbado, entre demolidas y descascaradas paredes, retorcidas escaleras, cristal kuruvikados(*) y mohosas buhardillas, pasos de espectros de extrañas vestimentas de generaciones que soñaron otros sueños.

Los pilares que bloqueaban el horizonte se han vuelto transparentes, a sus pies agonizados el barranco bajo el lucero del alba, las penumbras se ocultan en los yuyales y ranchos sumergidos en el lodazal entre matorrales y árboles suspendidos en las colinas, donde entonan milenarias melodías. Las campanas de la catedral doblan ecos repetidos, los camalotes se mecen en la corriente del río entre difusas y amarillentas luces. Circulares opacidades cobijan la ciudad cual imperios envueltos en banderas de indiferencia donde sobreviven seres en exilio con resignación amarrados a un destino que no han elegido, abrumado de incertidumbres revolcados entre raudales y despeñaderos de miseria.

Enarbolando banderas deambulo por sendas y diviso campos de enormes celdas, que en harapos se van difuminando como algas flotando de remotos naufragios.

Ya no soy una, soy muchas en mi complejidad en la corriente donde nadan borrosas imágenes; asomarse quisiera al tiempo de diáfanos cristales y ver pasar los días cobijada bajo cielos conocidos, la impaciencia me desborda.

La nave surcaba hendiendo el límpido derrotero de las aguas del río que se escurrían entre blancas y plegadizas orillas, gotas deshila-chadas danzaban como diamantes mínimos al estrellarse contra los aromados montes. Ese tedio envolvente se extraviaba entre quebrachales y palmares, espacios barridos por audibles vientos que arrullaban el horizonte.

A lo lejos visualizo mi pueblo natal, allí donde durmió mi infancia entre sangrantes arenas, profundo mangales y dorados naranjales. Desamparadas residencias con pátnas del tiempo y pasadas opulencias, zaguanes de aglomeradas sombras alcahuetes de furtivos amores. ¿Qué de ensueños albergaron sus umbríos corredores? Estrechos caminos de canto rodado conducía al río y atolondradas mariposas aventadas al aire ostentaban la transparencia de sus coloridas alas. En el gran patio de memorias fugitivas serpientes zigzagueaban los tape po`i(*), las mansas lluvias de aquel verano alegraban la laguna con el croar de las ranas y sus rosados huevos prendidos al pastizal como centinelas en hilera.

(*) tape po`i: camino estrecho.

Mi desosiego se extendía sobre nevadas cumbres que acunaban las inmóviles aguas del lago, luces descendían lentamente en gris violeta ceniciento mientras una tostada niebla se reflejaba en su espejo. Me vi arrastrada a una interrelación de espacios y planos alternados que parecían surgir del fondo del altiplano y envolvían las escarpadas cumbres, los halcones planeaban el vacío encaramados a la inmensidad mientras el aire azotaba la meseta en lóbreguez de parajes lunares, límites entre el espacio y la eternidad.

A cada uno nos tocó un papel en el reto de vivir, desaparecemos en el misterio abrumados de incertidumbre, como nubes que pasan rumbo a lo desconocido. Te escucho desde mi aquí y crecen las llamas en mi sangre, quisiera partir a distancia abstractas en medio de garúas hacia tierras remotas donde una voz me llama en lontananza acometida por la añeja congoja de amores que nunca han sido, pero ascienden en torbellinos extirpando de raíz antojadizas cicatrices.

El corredor jere(*) con sus hamaqueras, los faroles quebrando la oscuridad en las paredes de rojo barro y pantanales con sus humores milenarios. El temporal arreciaba, los relámpagos zigzagueaban luces blancas, los truenos parecían surgir del vientre de la tierra, furiosas ráfagas huracanadas azotaban las palmas.

...Calma, el arco iris atravesaba el oriente ante la desolada campiña. Árboles arrancados de raíces, charcos como espejos rotos reflejaban las nubes, bandadas de aves mancillaban el panorama.

El tajamar(*) parecía sorprendido en su quietud donde los patos navegan plácidamente y el ganado pacía mansamente ensimismado en el pastizal.

(*) jere: girar.

(*) tajamar: laguna artificial.

En el arcón de los recuerdos los días pasaban sin verme en la ciudad de mi infancia, en la que fui sin verme en la ciudad de mi infancia, en la que fui pequeña acurrucada con la muñeca vestida de alsaciana en los brazos. La luna ahuyentaba la penumbra alumbrando apenas la cuna a través de la ventana con visillos de ángeles bordados... una mujer con un rosario oraba... La visión se disipa, soy superviviente de mí misma en los restos de un naufragio muriendo a cada instante con la frente.

¿Quizá alguna vez fui otra o lo he soñado? Volveré de donde no se vuelve, donde ardió la hoguera del amor en sordos clamores silbando en mi entorno. Escrutando distancias atisbo energías que giran sin rumbo, en un paisaje alado desintegrándose.

Los veranos huyen en densas polvaredas y arrojan a remotos confines donde he vivido mil días recorriendo etapas en plenitud. Tuve certeza de haber perdido en el camino a amigos que fueron arrebatados a veces por la muerte o en esos cambios inesperados que surgen ajenos a nuestra voluntad. Con el aliento de persistentes nostalgias miro a mi alrededor sin encontrarme y estoy de vuelta a solas con la certidumbre de haber accedido a fatigados ensueños.

Como fronteras las paredes de mi alcoba; el silencio, el gran silencio en noches de inmenso absoluto y prolongado hastío de los días que se suceden y jamás regresan.

Cuando vuelva con otra manera de ser ya no estarán los mismos seres que amé, confusa en mi duplicidad ignoro quién soy en aquel lecho, en aquel hogar junto al mar, en otra realidad, con otros hijos y otro amor. Asomándome al muelle veré mis sueños arrastrados en las aguas.

Siento en mi faz y en mis cabellos un suave sopro mientras el sol proyecta moretones de sombras de un pasado difuso: la vacuidad de haber dejado huir horas de dicha en el polvo de los años, colgada de vacilantes remembranzas. Me busco en las arenas movedizas del tiempo, en ese universo abro las puertas en los arrecifes de mi existir. Escucho la voz tenue y remota de la noche sobre mi pelo, gime la inexistencia brisa de incoloras luces reflejadas como cristales de una turbulenta cascada entre piedras y cepas putrefactas acorraladas de verdes musgos.

Desde ese espacio donde una voz secreta me llama, despeñada aquí o en cualquier lugar, entre remolinos que se retuercen en aguas congeladas, me ofrezco sin resistencia a las remembranzas sentada junto al fuego. Los cristales de la ventana se empañan, una silueta me impulsa a correr tras la evocación que está ahí descendiendo lentamente. Un rayo viene arrastrado en pálido matiz y desnudo fondo, zumba el rumor de umbríos follajes mientras la tarde va cayendo en la esquina callejera.

Soy una historia y el corazón se me alborozaba,
fluyo sin retaceos... vacaciones, maletas, siluetas,
camino calcinado abrazado de doradas tardes, olor a
verano, mangos, guayabas, adormiladas siestas con
aroma de jazmines, relatos, guitarras, serenatas, noches
fragmentadas de estrellas y la enigmática cruz del sur,
en su esplendorosa quietud.

Un rostro sin edad avanzada rebotando lágrimas. ¿Es la otra o es el poeta, o soy yo y no me reconozco? En la tarde de este mortecino otoño atardecer los cerros se reflejan en las aguas del lago como los viejos árboles en abandono; la casa tiene el color de crepúsculo y a lo lejos llama la cruz de la añosa iglesia campesina en el soslayado horizonte. Figuras con cántaros en la cabeza ornaban las paredes de la alcoba en cuadros pintados en lejanos días; se alza el humo de la chimenea y en la calle nadie va ni nadie viene mientras la noche se detiene en el umbral. Estoy aquí en un pedazo de mi amado rincón donde fui muy feliz cuando como ahora murmuraban las copas del tacuaral, las aves alborotaban con sus trinos bajo el agonizante resplandor del ocaso, rabiosos colores teñían los árboles de taruma(*) e yvapovô (*). El pastizal atravesaba la calle sin orilla peatonal, la tertulia se iniciaba en la penumbra con fantásticos relatos de repetidas leyendas de nuestra insondable cultura indígena.

El terciopelo del crepúsculo se extendía lentamente, las luciérnagas flotaban como linternas mágicas creando un ámbito irreal. Las madrugadas se despabilaban con el canto de los gallos y el ronco vagido de las reses del corral con olor a tambo, a leche recién ordeñada. La selva temprana, la huerta, los huevos frescos del elemental gallinero.

(*) taruma: árbol frutal frondoso.

(*) yvapovô: árbol de frutas amarillas comestibles.

Modula su canto un ave entre los pliegues de
mis espectros con desdobladas voces en esas riveras y
en los despeñaderos donde las aguas se quebraban
incrustándose en los arrecifes.

Regresar a Asunción es integrarse a un espacio mítico donde los días y años tienen otra dimensión, universo detenido en el tiempo que gira en otro ritmo donde sus desniveladas calles y colinas rebosadas de historias se enroscan a nuestra piel con recuerdos de amores. Tierra de mis nostalgias, he navegado tus ríos, una estrella señala el sur, el éxtasis crece, hierven mis tedios y arrojan encendidas llamaradas que nublan mi lucidez haciéndome soñar con la piel y los espejos. Cargan mis hombros pirámides de reminiscencias y extirpo en carne viva el dolor alojado en interminables veranos cuando los poros de mi cuerpo se saturaron de la esencia del cosmos. El ocaso pintaba de color los cocoteros, la noche dibujada ficticias estrellas que brillaban con deseos de infinitud.

Soy yo misma lejana y ausente, busqué la libertad y hallé que todo no es más que quimeras hacia una patria incierta. Cabalgo metas con voces y maletas de ilusiones, rumores que calladamente pasan a mi lado en espacios sin tiempo, mientras a media luz se zambullen entre las malezas de mi territorio secreto.

Las hojas baten como alas de murciélagos en desoladas horas como si bailaran entre el follaje la última danza de la tarde.

Esta es la primera noche que paso lejos de mi hogar, y si no estrujo el pañuelo entre las manos, lloraré a gritos.

Una tenue claridad ilumina el dormitorio con aspecto conventual, sin otra compañía que filas de múltiples camas y el eco del a celadora de toca blanca que deambulaba a pasos lentos en el pasillo de la larga alcoba. El sueño me invade; huérfana con el corazón encogido, la noche transcurre lenta en medio de desoladas pesadillas. Suenan las campanas al nuevo día, nos incorporamos y, como duendes semidormidos, entramos al frío templo; mi corazón se encoge, lágrimas surcan mis mejillas a la luz de tornasol tras los cristales de la banderola.

Arrodilla y acongojada frente a la torturada figura de Cristo en la cruz, en mis manos tiembla el misal durante el sermón del sacerdote. Salimos del templo a los campos de juego; inevitablemente de nuevo me asaltan las lágrimas, me veo horrible en este uniforme sin gracia. No amo a nadie, ni tengo con quien compartir mis secretos, nadie tiene nombre, estoy abatida, me atragantan hipos de llanto oculto, se derrumban mis escombros, lloro sin consuelo, aliviada me hundo solitaria en un banco del patio.

Me acosa la soledad y debo confesar que soy feliz en ella, tu risa irrumpe en mi espíritu como ruiseñor embriagado. Así me gustas tú, desconocido amor, que desvaído feneces en mi hoguera. Entraré a otra esfera arrollada como un capullo, se hará el silencio sobre mi efímero paso, suspendida en el vacío, en las centellantes luces de la infancia de inconclusos sueños hundidos muy adentro.

Se entolda la claridad y un absurdo temor me acosa, me siento en casa ajena, extraño mi cuerpo, tengo frío, estoy empantanada, figuras amenazantes me observan. Algo inesperado surge en mi interior que clama mi propio yo, palabras y la nada perecen en tránsito al encuentro de mí misma. Se escurre la gris, llovizna sobre lo que soy, regreso de donde vengo sin conocerme, nada sé de mí, ignoro cómo soy por dentro, crecí y olvidé.

¿Es tristeza o cansancio de existir? Anhele a mi propia alma embarcada en el viaje sin retorno. El blanco satélite me mira fijamente con expresión sorprendida y ojos semejantes a platos incandescentes en medio de la noche; en su entorno destellan las estrellas su danza cósmica escurriendo las tinieblas en anchas y calladas sábanas. La alborada avanzada a través de los espacios buscando oscuros rincones para ocultarse del rugido del viento.

Una dorada llama arde en la chimenea y me sume en irremediable somnolencia, refugiada en el ático de mis desvaríos, la oscuridad se prolonga sin ruido en los acantilados disolviéndose. Saturada de fatiga en la remota noche donde muere el día, el día, el desamparo flota fortuito en el incierto mañana. En medio de la bruma me extravió. Voces me susurran que mis hijos vendrán aquí y descubrirán mi ausencia ¿Recordarán acaso que alumbré sus caminos en aquellos años de sus vidas? ¿Que sus mundos fueron mi aventura inagotable? Alguna vez quizás les llegue el eco de mi olvidada voz en otras voces en sonido lejano

donde ya no estaré. Mi sangre seguirá corriendo como si nada hubiera cambiado, como si siempre fueran niños y míos. Adormecida en el suave calor de sus cuerpos escucho sus risas, todo tiene otro brillo, hoy mis muchachos ya son hombres y las niñas, mujeres, viví junto a ellos los luminosos años de mi existencia.

Intangible juventud que sin percatarme huyó de mis manos. ¡Ah! Si pudiera permanecer intacta sin que los pliegues recorran mi cuerpo como si los años se hubieran detenido.., en mis venas corre la sangre como si siempre fuera primavera, percibo de la noche sus caricias, sus besos. Quisiera contarles mis historias pero no porque son muchas, de la infancia, de la adolescencia, del amor, lenguaje de palabras inventadas y esfumadas en el vacío.

Me río a veces como quien ha llorado mucho porque tuve que cruzar el valle con esa larga e interminable morriña. Yo aquí, tú ahí, una vez más, unidos y separados. Palabras que ponen curvas a mis labios, mentiras y verdades, descubro que he transitado el vacío.

Reminiscencias se acumulan en noches tibias y plácidas, otras de desazón inexplicable donde desfilan grises multitudes sin volver el rostro. Gastados los lazos del querer, el chispear de la mirada desaparece, en vano requerimos frases de amor, la evocación se hunde gradualmente en la bruma. Cuando los años hayan devorado palabras que aún zumban en mis oídos, cuando ebrios bebimos en la copa de la vida y no tendremos el valor de recordar, se habrá ido del todo al ayer. Horas desgastadas yacen en el fondo del ser. Bajo el súbito fulgor de relámpagos me siento zarandeada, como un corcho alborotado en la cubierta de un barco en alta mar, aturdida por el aterrador gemir de la sirena entre la niebla como aullido de lobo en la opaca espesura de la noche. Las ollas se rompían con el estruendo de un muro al derrumbarse en medio del vaivén de ondulaciones de colinas. Blancas espumas que emergían de las aguas como ballenas en celo.

La oscuridad prolongaba su manto negro y sacudía la embarcación en vertiginosas caídas al abismo, al resplandor de la neblina gris, insistía el quejumbroso plañir de la sirena en la indefensa orfandad del mar. Crujía el frágil esqueleto de la nave con espasmódicas sacudidas en medio de incontrolables elementos desatados. El vendaval se alzaba enfurecido enfrentando las olas que seguían golpeando como un tambor ensordecedor, precipitando a la nave como una cáscara de nuez en increíbles alturas y cardúmenes de peces rescentes embestían la cubierta en macabra lucha.

Temo al mar que en su infinito rumor me abruma, al oculto misterio de su seno y al murmullo continuo como si tuviera vida en lo insondable. Mar que sigues gimiendo a través de siglos como ayer y hoy, me estremezco al contemplarte como frente a la muerte.

Extrañas visiones en el dintel del tiempo en verdes oquedades, con palabras sueltas se van deflecando los años en estrofas, chispas aisladas donde desfilan débiles sonidos de despojos, meses estremecidos en medio de garúas. Sedienta de anhelos me habitan los sueños al resplandor de una brasa interior que etapas congelaron. Indago mi nombre y me responde el eco alejándose minuto a minuto. Jadeo de miedo porque ahora empiezo a olvidar, retazos de surcos se asentaron en mi camino perdidos en la oscuridad. Tengo ansias de vivir aunque el tiempo me invita a partir.

Impreso en el mes de Junio de 2006
en EDICIONES Y ARTE S.A.
Manuel Domínguez 951 c/ EE.UU.
Tel. 443 783 Fax: 445 862
E-mail: edicionesyarte@par.net.py
Asunción - Paraguay